





MATINEF

LA COLMENA

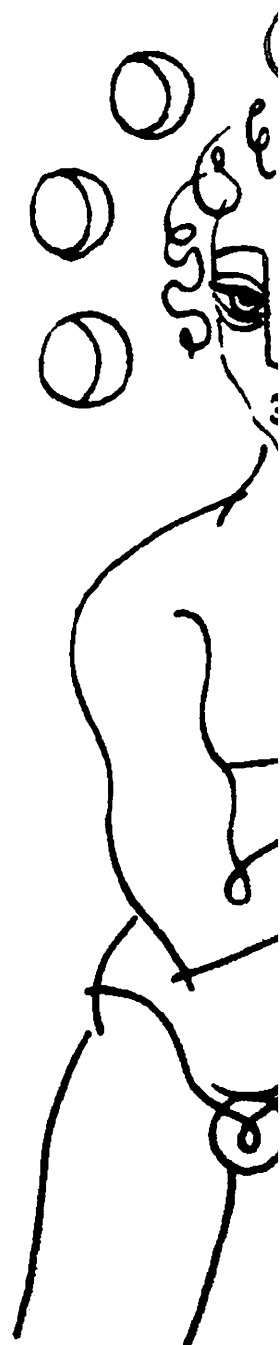
LA ABEJA EN

• HERNÁN LARA ZAVALA

A Luis Mario Schneider,
donde quiera que se encuentre

Muy querido Luis Mario:

Nunca olvidaré la cara que pusiste al leer aquella dedicatoria que me atreví a escribir cuando en una de nuestras tradicionales comidas de los lunes en la Fonda San Ángel, te regalé mi libro de ensayos Contra el ángel: "Para Luis Mario, estudioso de día y disoluto de noche...". Perdona que me cite a mí mismo con tan poco pudor pero me parece que en esos dos calificativos, estudioso y disoluto, dichos un poco en broma y un poco con la mala leche que a ti tanto te gusta ejercer, se centra gran parte de tu fascinante y atractiva personalidad. Quién más estudioso que tú, Luis Mario, que llegaste a México encandilado con el tema del surrealismo sin sospechar, ni remotamente, que aquí, en estas tierras te ibas a enamorar y a quedarte para siempre. La gente no sólo se enamora de otra gente. Hay casos como el tuyo, en que lo más intenso de su ser se lo dedica a un país. Te enamoraste de México, querido amigo, de su arte y de su literatura como no lo hiciste nunca con ninguna persona. A México le entregaste todo tu talento, toda tu energía, toda tu pasión, que no son pocas por cierto, y además le guardaste siempre una fidelidad absoluta. Estudiaste aquí, en nuestra Universidad, con María del Carmen Millán, a quien jamás has dejado de



COLECCIÓN LUIS MARIO SCHNEIDER



agradecerle su papel de mediadora pues fue ella la que te inició en ese romance interminable en el que te viste envuelto. Del surrealismo pasaste al estridentismo, del estridentismo a los Contemporáneos, de allí al teatro, a la pintura, a la cocina, a la arquitectura. Tu desmedida pasión no conoció límites. Amaste a México con ánimo polimorfo perverso.

Por ello también lo de disoluto: con la misma intensidad que te has entregado a la literatura y al arte mexicano, te has entregado a la vida, con tu extraordinaria capacidad para relacionarte con la gente —hombres y mujeres por igual— echando siempre por delante esa tu sonrisa, abierta y seductora. Y lo mismo podías ser amable y lisonjero que crítico casi hasta el punto de la crueldad, según te cayera tu interlocutor. Y es que tú no naciste para la tranquilidad burguesa, Luis Mario. Tu carácter corresponde más bien al del Scholar-Gipsy: errabundo, inquieto, tan capaz de ir al pueblo más recóndito para dar con un poema inédito, con un documento extraviado, como de cruzar océanos para dar con novelas escritas lo mismo por mendigos que por emperadores o como para enfrascarte en una relación de una noche en la que decides jugarte el todo por el todo. Y qué decir de tus parrandas, las interminables fiestas de tu casa en Malinalco o las borracheras que tantas veces compartimos, y de las que para terminar te ibas solo, contento a altas horas de la madrugada, manejando en tu coche rumbo a Malinalco donde nos decías, no tomabas ni una copa durante la semana mientras te dedicabas a trabajar incansablemente. Y es que tú elegiste vivir tu vida hasta las heces. Y esa actitud te ha mantenido joven hasta hoy, Luis Mario.

Por eso deseo decirte que me disculpes por no haberte saludado en tu última fiesta. Llegué con nuestros amigos, con Gonzalo, con Fernando, Vicente y Ricardo. Sabía que estabas allí, en medio del alboroto, con toda tu gente, los ricos y los pobres, el presidente municipal, el jefe de la policía, el cura y hasta el loco del pueblo escuchando tus canciones favoritas, "La vida no vale nada", "El son de la negra" y "Las golondrinas". Tu biblioteca llena de flores, la gente bebiendo mezcal, algunos sonreían y otros lloraban al escuchar al mariachi. No quise saludarte porque quiero recordarte siempre como el hombre simpático, creativo, animoso, cínico, inteligente y desmadriente que eres. Como el estudioso y el disoluto. No te digo adiós, Luis Mario, simplemente hasta pronto. Un abrazo de tu compadre.

HERNÁN